

DIARIO DE UN OSTEOSARCOMA¹

Alberto Polo Álvarez

Día 1.

Algo en mí ha despertado. Ya no soy el que solía ser. Siento que un mal se extiende en mi interior. Sé que formo parte de un organismo en el que todos remamos en una misma dirección, pero estoy cansado de obedecer órdenes. Ya estoy viejo para esto, necesito un cambio. Toda una vida cumpliendo las reglas. Ahora soy yo el amo de mi destino. Ahora soy yo quien toma las decisiones. Ahora sólo quiero destruir...

Día 5.

Me está costando convencer a mis compañeras, pero creo que poco a poco voy teniendo un grupo de fieles seguidoras. Cada vez somos más y más fuertes. Pero debo ser paciente, las grandes batallas se ganan con trabajo y constancia. Venceré, sé que algún día venceré.

Día 86.

Ha llegado el día que estábamos esperando. Llevo toda mi vida anclado a esta maldita tibia, soportando mucho peso a mis espaldas. Pero eso ya se acabó. La tenemos rodeada, compañeras. Empecé yo solo, pero ahora somos muchas y la machacaremos. A mi señal, apretad fuerte contra el hueso. Tres. Dos. Uno. ¡YA!

Raquel se encontraba sentada en el banco de un parque con sus amigas. Acababan de terminar esa misma mañana los exámenes finales. Se presentaba ante ellas un largo e ilusionante verano. Esa noche había quedado para cenar con un chico de su clase que le gustaba y estaban decidiendo qué se pondría para su cita.

Su felicidad en ese momento era extrema. Nada podía hacer que eso cambiara. Nada excepto un fuerte dolor en la pierna derecha que llevaba notando un par de días.

Sonia, una de sus amigas, le pidió que desfilara delante de ellas para mostrar sus armas de mujer. Fue en ese preciso instante cuando su vida cambió por completo...

¹ Premio especial estudiantes *ex aequo*. XVI Certamen de Relatos San Juan de Dios (2014).

Se levantó de un brinco y, no había dado ni dos pasos, cuando su pierna derecha falló y cayó fulminada al suelo. El dolor que sintió fue tan terrible que Raquel, cuyo umbral del dolor era ya de por sí muy bajo, perdió el conocimiento al caer al suelo.

Je, je, je. Fase 1 de mi plan completada. Raquelita, ahora vas a empezar a pasarlo muy muy mal.

Horas después, Raquel despertó. Había tenido un sueño muy raro. Se desmayaba en el parque, sus amigas gritaban, gente con uniformes de diversos colores la cogían y hablaban con ella, apenas les comprendía y era incapaz de contestarles, flotaba y se deslizaba a un edificio de paredes blancas, había visto a su madre intentando sin éxito contener las lágrimas... No comprendía nada. Ese sueño parecía muy lejano pero, al mismo tiempo, parecía muy real. ¿Qué había pasado? Abrió los ojos.

Efectivamente, el sueño parecía ser real. Lo último que recordaba a ciencia cierta era estar en el parque con sus amigas. Ahora, sin embargo, estaba en una habitación en penumbra, notaba una mascarilla en la cara, tenía un tubo conectado a su brazo derecho y varios cables pegados al pecho.

Consiguió abrir un poco más los ojos y vio enfrente, en un rincón, a mamá, apoyada en la pared, mirándola fijamente, mientras una triste sonrisa aparecía en su ojeroso rostro, en el mismo momento en que su hija abrió los ojos.

-¡Hija!- gritó, mientras se lanzaba sobre ella para comérsela a besos.

Papá, que se había quedado dormido en una silla junto a la cabecera de la cama, dio un respingo, besó a su hija en la frente y salió corriendo de la habitación.

Oh, qué familia tan feliz. Asco me dais. Ni os imagináis la que se os viene encima.

Papá volvió acompañado de una mujer. Era una chica joven, alta y morena. Su cara irradiaba felicidad, Raquel supo desde entonces que le iba a caer genial.

-Hola, soy Marta, y soy tu enfermera. ¿Qué tal te...

La puerta se abrió y por ella entró un hombre alto, moreno, de constitución fuerte, con barba negra de 3 días, rostro serio y una carpeta en la mano. Llevaba puesta una bata blanca. Sin duda un médico, a Raquel no le gustaban los médicos...

-Y éste- siguió Marta- Es el doctor Torres.

-Llamadme Jacobo, por favor- interrumpió-. Buenas tardes Raquel, ¿qué tal te encuentras?

Buena pregunta. La pobre Raquel no tenía ni idea de qué responder. No entendía qué había pasado, pues había estado semiinconsciente durante todo el proceso del ingreso en el hospital. Sólo tenía vagas imágenes que ni siquiera sabía si eran reales.

-Pues sinceramente, no lo sé- respondió Raquel- ¿qué hago aquí?

Entre Jacobo y Marta le contaron a Raquel lo ocurrido. Estando con sus amigas en el parque había sufrido una fractura proximal de su tibia derecha. Como consecuencia del dolor había perdido el conocimiento. Sus amigas, asustadas, habían llamado al 112 y una ambulancia había ido a recogerla para llevarla al hospital. La habían puesto analgesia intravenosa, ya que había estado todo el camino gritando de dolor. Por eso se encontraba adormilada. La habían realizado numerosas pruebas para determinar qué había pasado y creían tener una idea bastante aproximada.

-Tenemos que realizarte aún más pruebas para asegurarlo, pero parece tener un tumor en la pierna derecha, por lo que has sufrido una fractura patológica.

Vaya, vaya... Parece que el doctorcito es listo. Ha descubierto a lo que se enfrentan, veremos quién es más listo de los dos.

Día 95.

Estos cabrones de médicos están empezando a hartarme con tanta pruebita, nos vamos a tener que poner más serios...

-Tengo los resultados de la biopsia de Raquel, y me temo que son malas noticias. Tiene un osteosarcoma osteoblástico bastante avanzado. De hecho hay una masa pulmonar sospechosa de metástasis que me gustaría analizar.

-Joder, me lo imaginaba. Supongo que imposible de tratar con quimio o radio.

-Efectivamente, la única opción es amputar. Respecto al pulmón, aún es pequeño. Si confirmamos malignidad creo que podríamos reducirlo con quimio...

Marta entró en la habitación. Jacobo acababa de comunicarles a Raquel y a sus padres el diagnóstico y el posible tratamiento. Lo habían pasado muy mal estos días, pero lo que se avecinaba era aún peor. La escena era desoladora: en una cama, tumbadas Raquel y mamá, abrazadas, llorando la una sobre la otra. De pie, a su lado, papá las miraba, serio, mesándose la barba mientras una lágrima cruzaba su mejilla, partiéndola en dos, de la misma forma en que el cáncer acababa de partir sus vidas. En la cama de al lado, la anciana Jennifer observaba la escena con profunda tristeza en su rostro. Ella sabía perfectamente lo que iban a sufrir esa joven niña y sus padres. Cruzó su mirada con Marta y ambas compartieron un pensamiento, se conocían muy bien la una a la otra.

-Tengo que ayudarla- pensó Jennifer.

-Tienes que ayudarnos. Te va a necesitar- pensó Marta.

Marta hizo de tripas corazón, tragó saliva, y se dispuso a romper el amargo silencio.

-Buenas- la voz se le quebró a media palabra. Una nunca se acostumbraba a este tipo de situaciones. Carraspeó y se recompuso para continuar- Raquel, María, Pedro. Jacobo ya os ha comunicado la noticia. No me puedo ni llegar a imaginar por lo que estáis pasando ahora. No os voy a decir que esto va a salir bien, porque nadie lo sabe. Lo que sí os puedo asegurar es que va a ser muy complicado, pero que todos estamos aquí para ayudaros y que haremos lo máximo posible por Raquel. El cáncer es una puta mierda, pero juntos, podemos vencerlo.

-Pero, ¿por qué a mí?- Raquel tenía esa pregunta en mente desde el primer momento, pero hasta ahora no había sido capaz de formularla.

-Eso no podemos saberlo, Raquel. Hay muchos factores que intervienen en el desarrollo de cáncer: sexo, genética, edad, malos hábitos... Pero si quieres saber mi opinión, el factor más determinante es la suerte. Hay mucha gente que cumple todos los requisitos para desarrollar cáncer y, sin embargo, no lo hacen. Y al contrario, tú que eres una chica joven, sana y fuerte, lo has desarrollado. La vida es como un batido de casualidades, momentos y azar, a veces nos tocan cosas buenas y a veces nos tocan cosas malas. Tú has tenido la mala suerte de que te ha tocado una mala, una muy mala, de las peores que existen, pero aquí es donde entras tú, con la ayuda de todos los demás, y decidimos si nos rendimos o si luchamos contra ello.

Pedro, el padre de Raquel, estuvo a punto de recriminarle a Marta esa forma de hablar. Su niña acababa de cumplir 18 años, no era capaz de comprender eso. Necesitaba que la mimaran, que la consolaran, que la apoyaran, pero no que la trataran como a una adulta, pues no lo era. ¡Cuán equivocado estaba! Ahora era incapaz de asimilarlo, pero con el tiempo comprendería que su hija había emprendido el camino hacia la madurez durante esa conversación, de la forma más brusca y repentina posible.

-Pero tú cómo te atreves a...

-¡No, papá!- Raquel nunca interrumpía a su padre, de hecho se sorprendió incluso a sí misma haciéndolo, pero la ocasión lo merecía- Marta, no sé muy bien lo que tengo que hacer, pero yo quiero luchar.

¿Cómo? ¿Pero quién te has creído que eres, niñata de mierda? ¿Te crees que tú vas a poder conmigo? ¡De eso ni hablar!

Raquel notó algo en su pierna, no sabía explicar por qué, pero estaba segura de que al tumor no le había gustado esa reacción suya. Lo que percibió en la habitación de hospital fue todo lo contrario: vio caras de asombro, caras de miedo, caras de incertidumbre, pero sobre todo vio caras de felicidad y de ganas de luchar.

-¡Eso es!- exclamó Marta, quien, tras 10 años trabajando en la misma planta de oncología, y tras haber conocido a cientos de pacientes, jamás había visto una reacción así en una chica tan joven- Raquel, tienes algo especial dentro. No te mereces lo que te ha pasado, pero estoy convencida de que sabrás afrontarlo.

Día 107.

¿Pero qué coño es eso? ¡Nos atacan! ¡Maldita sea! Tenemos que huir ahora mismo o acabarán con todos nosotros. ¡Salid de aquí! Dios, es horroroso, no puedo soportarlo...

-Jacobó, la operación ha ido perfectamente. Raquel se ha portado como una jabata.

-Cuánto me alegro, muchísimas gracias, doctor Santisteban. ¿Cómo le quedará la pierna?

-El tumor era tan gordo como una patata, no entiendo cómo no lo ha notado antes. El daño sufrido por la tibia y la rótula era irreparable, lo hemos tenido que extirpar. El fémur apenas se ha visto afectado, por lo que una vez esté perfectamente curado el muñón, la podremos colocar una prótesis y tiene bastantes posibilidades de volver a andar casi con total normalidad.

-Bueno, creo que eso lo teníamos bastante asumido. Voy a hablar con la familia.

Los pitidos del monitor la despertaron. Lo primero que pensó fue en su pierna. Intentó mover los dedos de los pies, pero no los sentía. Gritó. Un grito apenas audible, pues la anestesia aún estaba presente en su organismo, pero sí hubo alguien que la escuchó.

-Shhhh, tranquila mi niña. Acabas de despertarte. Ya terminó la operación y todo ha ido bien. Es normal que te sientas adormecida por la anestesia. Voy a avisar a tus padres. Raquel sólo pudo ver unos enormes ojos azules, ampliados por unas gruesas gafas de montura plateada. Era años más joven y no se parecía en nada a su abuela Carmen, pero inmediatamente la había recordado a ella, seguramente por la forma de hablar, o quizás por las gafas, o por la ternura que se reflejaba en sus ojos.

Raquel no recuerda mucho de ese rato, pero sus padres sí. La pierna amputada estaba cubierta con una sábana, y no hacían más que mirar el sitio en el que debía estar. Estuvieron junto a su hija, sin apenas hablar, esperando el momento en que se espabilara del todo y fuera realmente consciente de que su pierna ya no estaba ahí. No tenían ni idea de qué decirle cuando el momento llegara, por suerte, ocurrió ya en su habitación...

-Hola Raquel, ¿cómo te encuentras?

-Bien, no sé. No me duele nada, siento las piernas, pero no las consigo mover.

-Bueno, tranquila, eso puede ser por la anestesia. Acabo de hablar con tu cirujano, el doctor Santisteban, todo ha ido bien. Como te dijimos, te hemos amputado la pierna, pero volverás a andar con una prótesis que te pondremos próximamente.

-Joder Jacobo- pensó Sofía, otra de las enfermeras- Eres el mejor oncólogo que conozco, pero no tienes ni idea de tratar con los pacientes. Una cosa es hablarla claro y otra cosa es lanzarle las noticias como quien tira pan a los pájaros.

-A ver, Raquel- comenzó a hablar en voz alta Sofía, para alivio de Jacobo, que sabía que no había sido muy delicado- Lo que Jacobo quiere decir es que, como ya sabías, te han amputado la pierna. ¿Cómo te sientes ante eso?

-Tengo miedo de mirar la pierna, bueno, la no pierna. Soy consciente de que no está ahí y de que ya nunca estará, pero no soy capaz de asumirlo, es que ¡aún la percibo!

-Ahora descansa. Piensa sobre ello, háblalo con tus padres y, sólo cuando estés preparada, nos avisas y te ayudamos para que lo veas, ¿vale?

-Sí, vale. Gracias Sofía.

Día 113.

Mierda, esta vez sí que nos han hecho daño de verdad. Han eliminado nuestro hogar primario. Ya sólo nos queda nuestra casita de verano. Pero desde aquí podemos aún dar bastante guerra. Tenemos mucho trabajo por delante, y un tercer hogar que aún no ha sido revelado...

Otra vez. En medio de la noche volvió a sentir la pierna. Ya no podía más, había pasado casi una semana sin mirarse, pero ahora estaba preparada. Debía afrontarlo. Llamó al timbre de las enfermeras.

Al momento apareció Marta.

-¿Ocurre algo, Raquel?

-Sí. Creo que ya estoy preparada- respondió. Mamá y Jennifer se despertaron. Habían hablado esa misma mañana sobre que se acercaba el momento, pero era Raquel quién debía decidirlo. Se mantuvieron a la escucha.

-¿Estás segura?

Raquel respondió con un gesto afirmativo de su cabeza. Sus ojos denotaban una determinación impropia de su edad. Marta también asintió, y procedió a levantar la sábana lentamente.

Allí estaba. Un cúmulo de vendas se encontraba en el lugar en que debía encontrarse su rodilla. ¿Y por debajo? Nada. Sólo podía verse la immaculada sábana con el logotipo del hospital.

Un terrible escalofrío recorrió todo el cuerpo de Raquel, desde la punta del dedo meñique del pie hasta el cuello. ¿Pero cómo era posible? ¡Ya no había dedo meñique!

¿Te ha gustado? Otro pequeño truquito que tenía guardado en la manga. Lo he llamado: “el miembro fantasma”.

-Marta, veo que no hay nada, pero estoy sintiendo la pierna como si estuviera ahí.

-A veces pasa. Ha formado parte de ti durante mucho tiempo y te va a costar acostumbrarte a que no esté ahí. ¿Nunca has perdido algo o a alguien importante?

-Sí. Mi abuelita Carmen murió hace dos años. De hecho, la vi en la enfermera que estaba conmigo cuando desperté de la operación- no lo había comentado con nadie, pero esa idea le había rondado la cabeza durante días; no es que se pareciera a su abuela, es que tuvo la sensación de que realmente era ella.

-Vaya, eso sí que es sorprendente. Sabes que ella ya no está y que no volverá, pero a veces la sientes como si estuviera contigo, ¿verdad?

-¡Sí! Pienso en ella cada día, la siento como si estuviera cuidando de mí en algún sitio.

-Pues pasa igual con tu pierna. Piensa que ya no está ahí, pero que la vas a seguir sintiendo porque forma parte de ti. Quiero creer que hay algo más allá, y que tu abuela te vigila desde allí. Quizás vino a verte después de la operación para tranquilizarte, y para hacerte ver que ahora ella está con tu pierna y que cuidará de ella. ¿Qué opinas?

Raquel soltó una carcajada. Siempre le había parecido una tontería todo eso del más allá, pero le hizo muchísima gracia imaginarse a su abuela caminando con su pierna bajo el brazo, como solía hacer todas las Nochebuenas cuando iba a comprar una paletilla de jamón en la carnicería del barrio.

-Me encanta esa idea, Marta. Sí, yo también pienso que mi abuelita y mi pierna están juntas. Me alegra saber que se harán compañía la una a la otra.

Día 130.

¡Me está quemando vivo! No sé cuánto tiempo podremos soportarlo. Están ganando. Empiezo a notarme débil. Nos aniquilaron a casi todos en la rodilla, no sé cuánto resistiremos en el pulmón. Necesitamos un nuevo alojamiento.

Otra arcada más. Hacía unos días que le habían puesto el primer ciclo de quimioterapia y empezaba a notar los síntomas. Ya se los habían explicado, pero sentirlos era

diferente. No tenía fuerzas ni ganas de nada, tenía muy mal cuerpo, ya sólo tenía ganas de llorar y de rendirse.

Jennifer lo vio. Supo lo que estaba pasando Raquel, ella ya lo había vivido.

-Graquel- Jennifer llevaba 10 años viviendo en España, pero aún conservaba un marcado acento inglés y, por supuesto, era incapaz de pronunciar la erre- Ahoga ya sabes la ve gadad. No es lo mismo lo que te cuentan los médicos que sentiglo. Te vas a enfrentar a esta *shit* dugante meses. Todo lo que te diga va a ser poco. Yo lo sé. ¿Grecuerdas lo que hablamos la otra noche? Ambas sentimos a nuestro tumor, céntrate en él. ¿Cómo crees que está ahora?

Jodido. Estoy muy jodido. Me muero.

-Está jodido, se está muriendo.- lo notó como si una vocecita lo dijera en su interior.

-Exactament. Ambos estáis sufriendou. Tú estás débil, y estagás peor, pego él también. De eso se trata. Siempre ha sido un duelo entre él y tú. Y en tu mano está luchar paga vencerlo. Y lo conseguirás, yo confío en ti.

-Gracias por todo, Jennifer, no sé qué haría sin ti.

-De nada, hija. Pero déjame darte otro consejo: gápate el pelo. Y cuanto antes mejor, no dejes que se caiga por sí solo.

-¡Pero es mi pelo! ¿Y si no se cae?

-Se caerá, *trust me*. Y es mejor que lo cortes tú, a verlo caer día a día. Además, te voy a dejar yo unos pañuelous que te van a quedar monísimos.

Raquel sonrió. Y más sonreiría después. Ese mismo día, Jennifer le dejó a Raquel la maquinilla de afeitar de su marido, y ambas se raparon la una a la otra. Fue una de las tardes más divertidas en el hospital. Antes de que siquiera se enteraran, ambas estaban calvas y riéndose la una de la otra. El sentido del humor las hizo más fuertes y las permitió sobrellevar todo el dolor que soportaban día a día.

Día 303.

Ya está. Han vencido. Han muerto todos los míos. Sólo yo sigo en pie. Sólo me queda una opción...

Era el último. No podía dejar de pensar en eso. Llevaba ya muchos meses de quimio, y había llegado el final. El tumor estaba erradicado, lo sentía. Pero ella también estaba destruida. Su nueva vida la formaban el dolor, los vómitos, la caída de pelo, el miedo, la desgana. Había perdido ya todas las fuerzas de luchar. Estaba al límite. Se giró para intentar aliviar su dolor...

Sergio Ramos la miraba semidesnudo desde el palo de suero. No pudo evitar sonreír. Había sido idea de Inés, otra de las enfermeras. Raquel había llegado a odiar el color verde amarillento, sólo le recordaba a la quimio y no podía soportar siquiera verlo. Así que Inés dio con la clave: forró la bolsa de citostáticos con fotos de Sergio Ramos y el sistema con un espumillón. La Navidad ya había pasado, pero fueron tiempos más felices a los que quería regresar. La habían dado vacaciones de quimio y pudo volver a sentirse una persona normal en esos días.

La bomba pitó. Se había terminado. Era la última vez que oiría ese sonido. Llamó al timbre de las enfermeras. Lo que pasó a continuación no lo olvidaría jamás, ni ella, ni ninguno de los participantes.

-¡SORPRESA!

Estaban todos: médicos, enfermeros, auxiliares de enfermería, celadores, limpiadoras, estudiantes... ¡Y traían sidra para brindar! Era su fiesta de despedida. A partir de entonces su vida sólo podría ir a mejor. Tanto Raquel como sus padres rieron y lloraron al mismo tiempo. Habían sufrido más que nadie junto a ese equipo de personas y juntos se habían hecho mejores y más fuertes unos a otros. Ese vínculo que se había formado, ese equipo, esa familia, era irrompible, pasara lo que pasara. Raquel sabía que la decisión de luchar había sido suya, pero que no habría ido a ningún lado sin todos ellos. Los quería más que a sí misma, porque ellos le habían devuelto la vida, la vida que el cáncer un día le había arrebatado. Su gratitud era infinita ante todos ellos. Pero faltaba alguien a quien agradecer. Jennifer debería estar allí, ella había sido una de las piezas más importantes, pero había sido más rápida en vencer a su “cáncer de *mother*”, y ahora se encontraba en su Londres natal, disfrutando plenamente de su familia.

Epílogo: 5 años después.

-Raquel ha vuelto.

-Sí, y me temo que esta vez no va a salir. Hace tres meses tuvo una recidiva cerebral. El tumor es inoperable y aumenta día a día. Ni con quimio ni con radio conseguimos reducirlo. Ella lo ha intentado hasta el final, pero ya se ha cansado de luchar.

Su respiración se apagaba. Apenas era capaz de abrir los ojos para ver el sufrimiento encarnado en el rostro de sus padres. Todos sabían que era el final. Raquel se había negado a la sedación, quería ser consciente de todo hasta el final y quería despedirse de todos. Por eso los hizo llamar.

La puerta se abrió, y por ella entró todo el equipo sanitario, incluidos los que no estaban de guardia, era una paciente especial, y merecía un trato especial, nadie quería perderse su despedida. Ahí se resumía todo, eran una familia, en lo bueno y en lo malo, igual que festejaron cinco años atrás, sufrirían juntos ahora.

-Hola a todos- su voz era apenas audible, pero era firme y, sorprendentemente, feliz- Sé que ha llegado el final, noto el tumor celebrándolo en mi interior... La batalla ha llegado a su fin, él ha vencido, sí...

Al fin lo entendiste, Raquel. Has sido una digna rival, pero al final, ¡la victoria es mía!

-... pero no sólo él. Todos hemos vencido. Sé que mañana ya no estaré aquí, pero gracias a todos vosotros tuve las fuerzas y las ganas de luchar. Y gracias a todos vosotros conseguí salir una vez del cáncer, y he disfrutado de otros 5 años maravillosos. No lloréis porque me vaya, sonreíd, pues nos conocimos, y juntos hemos librado una bonita batalla y hemos vivido momentos duros, pero también momentos felices. Seguid siendo así, pues muchos más lo necesitarán como yo lo necesité. Ahora me voy, allá donde mi pierna me está esperando. Volveremos a reunirnos después de tanto tiempo, y ahora seré yo la que cuide de todos vosotros. Os quiero...

Una última lágrima se deslizó por su mejilla izquierda. Una última lágrima que ya nadie enjugaría jamás. Pues al fin, Raquel había cumplido la última etapa de su vida. Pero en el proceso había cambiado la de todos los que estuvieron con ella esos cinco años. Su recuerdo serviría para salvar a muchos otros. Su lucha no había sido en vano.

Dedicado a todas las personas que luchan contra el cáncer: pacientes, familiares, amigos y profesionales sanitarios. En especial a la verdadera Raquel, que está rehaciendo su vida tras lograr vencer al cáncer, y a mi abuelo Rafael, donde quiera que esté.

Mucha fuerza y ¡que la lucha continúe!